

M I C A E L A

Los transeuntes que pasan por delante de la venta de Azkonobieta no pueden menos de fijar su atención en una joven que está sentada junto á la puerta á todas horas, sin ocuparse en nada, y cuya fisonomía lánguida, mirada vaga, y la sonrisa estupida que de vez en cuando se diseña en sus labios, delatan á la legua la causa de aquella pasividad.

Es una pobre demente recogida allí, por caridad y misericordia.

Micaela, que así se llama esta infeliz, había sido una muchacha de servicio de tan excepcionales condiciones, que de su clase van quedando muy pocas en el solar bascongado.

Guapa, robusta, cariñosa y trabajadora, servía con todos sus cinco sentidos en la posada de una aldea.

Limpia como la luz, activa como el aire, y risueña como la aurora, era el brazo derecho de los posaderos y la providencia de los huéspedes. Nunca le atormentaba un dolor de cabeza, jamás tenía la menor preocupación, y con su eterno buen humor parecía un gilguerillo cantando desde la mañana á la noche, hasta que llegado su cuarto de hora comenzó á enmudecer, á ponerse triste, á cambiar tan radicalmente, que toda la aldea se apercibió de que Cupido había clavado una flecha en el corazón de la joven.

Efectivamente; su amor, su alma entera, se llevaba Pedro Juan, mocetón rudo y fornido, que vivía en un caserío inmediato.

Este noviazgo no era del agrado de los amos, ni de los padres de Micaela, porque el tal Pedro Juan, además de ser un holgazán de torso y lomo, bebía, jugaba y armaba pendencias continuamente, y la muchacha tuvo que sufrir en más de una ocasión las consecuencias de la mala vida de su prometido. ¿Pero quién va con reflexiones á

una joven de veinte años, ciegamente enamorada del ideal de su pensamiento?

Así es que Micaela, sorda á toda observación, sin querer escuchar el menor consejo, había resuelto casarse con aquel perdido, fijando la boda para una época muy próxima, mas su novio iba demorando el cumplimiento de la promesa con diversos pretextos al enterarse de que su futura compañera no aportaba al matrimonio más que un lindo palmito y mucha laboriosidad.

Un dia, coincidiendo con la noticia de un robo efectuado en casa de un ricacho del pueblo, Pedro Juan desapareció del país y corrió el rumor de que se había embarcado para Buenos Aires.

Micaela, al poco tiempo, se puso amarilla como la cera, empezó á sentir cansancio al ocuparse de los quehaceres de la casa, lloraba y gemía á cada instante y á tal grado llegó su postración que sus padres se vieron en la necesidad de recogerla en el caserío; y de aquella joven tan robusta, tan alegre y guapa, no quedaba al año más que un armazón de huesos.

Los padres de la muchacha eran caseros de algún acomodo, sobre todo desde que hacía algunos meses su hijo mayor, colocado en un ingenio de Cuba, les enviaba algunas onzas.

Una tardeada de otoño, el cabeza de familia entraba en la casería de vuelta de la feria de un pueblo vecino, en la que había vendido una vaca con su ternero y un cerdo, reuniendo en la punta del bien anudado pañuelo ocho onzas, por supuesto, en plata y billetes, y en derechura se dirigió al establo, debajo de una de cuyas losas depositó la nueva cantidad junto al importe de otras diez onzas que allí escondía, procedente de varios envíos de su hijo, y tranquilo y satisfecho se fué á la cocina á sentarse junto al fuego.

Micaela le objetaba los inconvenientes de semejante procedimiento de guardar el dinero, expuesto á sustos y sinsabores.

—Padre, ¿por qué no lleva V. esos cuartos á la Caja de Ahorros? Allí estarán seguros y le darán á V. réditos.

—No, hija, el dinero en ninguna parte está tan seguro como en casa.

—Micaela tiene razón,—le replicó su mujer—no seas majadero ni desconfiado. La Diputación responde, ¿ó es que crees que la Diputación no tiene diez y ocho onzas?

—Sí, sí, decid cuanto querais, mas yo no suelto el dinero.

—Pero hombre, cuidado que eres terco; pues has de saber que ya en los caseríos no hay seguridad, y cuando un casero cobra unas pesetas y no las pone en la Caja de Ahorros, se entera todo el mundo de que las esconde en algún rincón de casa y se expone á que le roben,

—Para esos casos tengo yo cargada la escopeta.

Siguiendo la costumbre los habitantes de la casería se fueron á su hora á la cama, y con la pesadez del sueño no pudieron oír al poco rato los ladridos del perro que por momentos aumentaban hasta llegar á la rabia, pero que insensiblemente fueron apagándose cual si el animal hubiese desaparecido. Micaela, que dormía con ese sueño ligero dei anémico, despertó sobresaltada creyendo haber sentido ruido de pasos dentro de la casa, y arrojándose del lecho bajó apresuradamente, y quedó muda de espanto al hallarse en presencia de tres enmascarados que habían entrado forzando la ventana de la cocina. Uno de ellos dirigióse á la joven, y sin darla tiempo para evitarlo, le aplicó á la cara un pañuelo empapado en cloroformo, haciéndola caer desvanecida á sus piés.

Inmediatamente los tres salteadores subieron á la habitación donde dormía el matrimonio, y mientras que uno se dirigía al cuarto del criado para sorprenderle y amordazarle, los otros dos entraron en la alcoba y despertaron é hicieron levantar al marido en tanto que ligaban fuertemente piés y manos y tapaban la boca con un pañuelo á la desdichada mujer.

—¿Dónde tienes el dinero que has traído de la feria? Pronto, pronto, entréganos si no estás reñido con la pelleja.

Y el que de esta suerte interpelaba con voz fingida al mísero colono, cubría la cara con un antifaz y poblada barba postiza, y echando mano al cuello de su víctima le amenazó con una tremenda navaja.

—Yo no tengo dinero, no tengo más que miseria,—gritaba el casero.

—Calla, bribón, tacaño, miserable, egoista, y cede ó lo vas á pasar muy mal,—le contestaron entre ajos y centellas, golpeándole brutalmente.

—No conseguireis nada, porque no poseo ni un céntimo, os han engañado; soy pobre, muy pobre, y no me hagais daño.

Y el hombre, con esa terquedad y avaricia propia de la gente del campo, se obstinaba, aun á costa de su vida, en defender los ochavos.

Entonces uno de los malhechores le arrimó un culatazo en la ca-

beza que le hizo rodar por el suelo sin sentido, y aquellos energúmenos comenzaron á levantar las maderas del pavimento á hachazos, á tantear las paredes, descerrajar armarios, cuchas y cuantos objetos eran susceptibles de registro, y poseidos de un vértigo infernal al ver lo infructuoso de sus pesquisas para acertar con el escondrijo del dinero, acuchillaban las vacas, rompián puertas y ventanas y destrozaban cuanto se ponía al paso.

Rendidos de aquella infame tarea y calculando que demoraban más de lo conveniente su estancia en la casa, decidieron retirarse, no sin que antes el más forzudo de ellos arrastrara escalera abajo hasta la puerta de la cacería el cuerpo inanimado del casero, al que á palos y pedradas dió allí espantosa y cruel muerte.

Micaela, al volver de su anestesia, se enteró rápidamente de lo que sucedía, pero apenas si tuvo tiempo de ver cómo escapaban los asesinos, aunque pudo oír muy claramente que uno de ellos decía á sus compañeros:

«Tomemos por el sendero de la derecha».

Aquella voz, aquellas palabras, ¡¡horror!! eran las del ser amado, y reconoció en ellas la presencia de su novio.

El choque fué demasiado violento en el cerebro de Micaela; fibras, lóbulos y materia gris desequilibraron al reflejo de aquel terrible drama y dieron como consecuencia la pérdida de la razón.

Cuando el juez municipal, acompañado de la pareja de la guardia civil, se presentó en el lugar del suceso, ya la gente de los caseríos inmediatos había invadido la casa del crimen y prestado auxilio á sus habitantes. Estos aún se hallaban bajo la impresión causada por lo imprevisto y brusco del ataque. El cadáver estaba todavía tendido en el suelo ante la puerta, sin que nadie se atreviese á levantarla, aguardando las disposiciones del juez.

La insistencia con que la loca afirmaba entre risas, lloros y carcajadas, que su novio había regresado de América y que se casaría con él al día siguiente, hicieron concebir algunas sospechas y dieron luz al proceso.

Poco tiempo después, en la taberna de una capital de provincia fué detenido Pedro Juan porque en una riña de juego con uno de sus cómplices éste le denunció como autor del crimen del padre de Micaela.

Probado el hecho, los tribunales le condenaron á muerte, pero la suerte de haberse dictado la sentencia en vísperas del Viernes Santo y

habida consideración de alguna atenuante expuesta brillantemente en la defensa por su abogado, dieron lugar á que la corona ejerciera su regia prerrogativa de indulto y se le conmutó por la pena inmediata.

Hoy purga su delito en unión de sus cómplices condenados también á sus respectivas penas, en uno de nuestros excelentes establecimientos penitenciarios.

Micaela, cuya demencia al principio de carácter irascible se ha trocado en plácida y tranquila, vióse recogida á la muerte de su madre, que no se hizo esperar á raíz de aquellos tristes acontecimientos, por sus parientes los venteros de Azkonobieta, y allí, como hemos dicho al principio de esta narración, todo el que pasa dirige una mirada de lástima á la pobre idiota.

Su fisonomía no puede descubrir á las gentes el drama de que fué testigo, pero sí la desgracia de que ha sido víctima.

ALFREDO DE LAFFITTE.

PROYECTO

**de transacciones comerciales y explotaciones pesqueras
en la zona y bahía de Río de Oro**

(CONTINUACIÓN)

Notas previsoras

Se ha dado el extraño caso de llegar algunas veces á la factoría, judíos comerciantes ó árabes y moros ricos procedentes del interior con talegas de dinero (plata) en busca de géneros, así como también con barritas de oro y joyas del Sudan y se han vuelto sin negociar; por lo que si existieran en la factoría, no sólo los objetos que se expandrían, sino *tarbúx* ó *tárabes*, *kaftán*, *kaikes*, *babuchas* ó *zapattillas*, armas y objetos orientales de cambio ó venta, podía aspirarse á grandes ó mayores transacciones, como se hace con frecuencia en